



Gredos: la luz dibujada en el paisaje

Sierra de Gredos (Ávila)

POR: JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS FOTOGRAFÍAS DE: RAÚL HERNÁNDEZ

1

En primavera, cuando la vida retorna envuelta en flor, la Sierra de Gredos se vuelve amarilla y dorada, y el piorno florece con la contundente sobriedad de los días más claros. Una sonora bandada de palomas cruza el cielo. Las cabras retozan en las praderas, en los más altos riscos. Los ojos se llenan de azules irisados en los árboles verdecidos. El agua gime resurgiendo en las cañadas y en los caminos pedregosos. La plataforma de las montañas se alza con esbeltez y con decisiva plenitud. Todo está dispuesto para el renacer de un tiempo que retorna colmado de frutos y de sueños. El amarillo cubre las laderas, crece entre grises pedregales, junto a los senderos, en las líneas quebradas del campo abierto en lontananza, y huele a tomillo y a romero, a flor desnuda, y el deshielo de las alturas encumbra los riachuelos, las lagunas dormidas donde el río remansa.

La Sierra de Gredos es una profusa paleta de un oculto pintor entre la sombra, y dibuja caballos salvajes de dormida quietud, como lo hacía en estos parajes Benjamín Palencia en la claridad de su estudio en Villafranca de la Sierra. Humean las chimeneas esparcidas entre los caseños del lugar y se escucha el retorno del viento hasta las cumbres, hasta la plenitud de la tarde. En el pinar las

▲ **Cielo limpio.** Muñoz Quirós, delante de su querido paisaje de la Sierra de Gredos.

